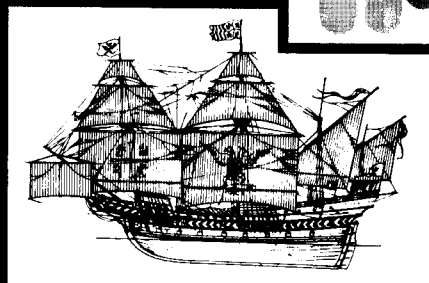
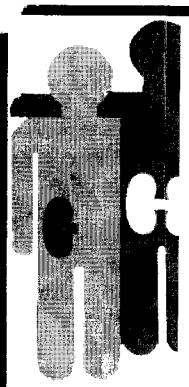
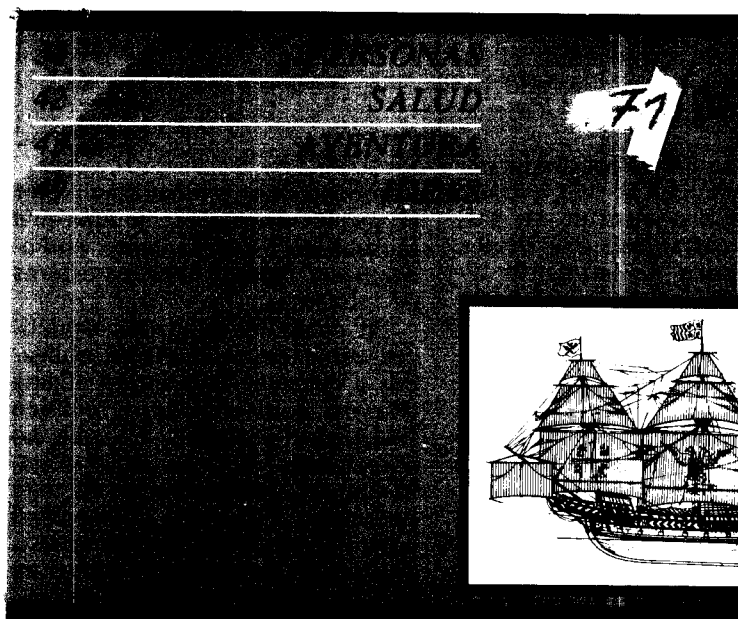




- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)



PERSONAS

Mis recuerdos de Erich Fromm

Aquilino Polaino revive algunas de sus conversaciones con el fundador de freudo-marxismo muerto recientemente.

Hace justamente diez años que paseaba con Erich Fromm en la región maravillosa del Ticino (Suiza), mientras conversábamos sobria y apasionadamente.

Mi viejo amigo psicoanalista cumplía aquel día, 23 de marzo de 1970, sus setenta años de edad.

Con Fromm había siempre conversación para rato; el diálogo con él se hacía, muy frecuentemente, interminable. Tal vez por eso, en aquella fiesta de cumpleaños, escapó a sus compromisos sociales y pudimos continuar nuestra charla durante casi todo el día.

Goethe y Weber, Freud y Marx, fueron desfilando por entre las inflexiones de aquel discurso inespereado. La libertad y la alienación, el consumismo y la desesperanza, además de otros muchos temas, fueron vertebrando nuestra amistosa charla. Surgió así el tema de la libertad humana.

El hombre renuncia a su libertad a cambio de su seguridad. La pose-

Mis recuerdos de Erich Fromm
Enfermos que esperan donantes
Barcos que no navegan
Coloquio internacional en Génova



sión sustituye y reemplaza a la desnudez del sí mismo más sincero; las «envolturas» sociales visten al

hombre y menguan su vergüenza, pero también decrecen su autenticidad haciéndola intransparente.



Hasta aquí todo fue bien: De acuerdo, ese es «el miedo a la libertad».

Pero ¿qué decir del miedo a la pérdida de la libertad?, ¿del miedo a lo que, paralelamente, el ejercicio de la libertad genera, es decir, a las consecuencias de la libertad misma? ¿no será acaso que el «miedo a la libertad» de que Vd. habla no es otra cosa que el miedo al compromiso vincular que de la ejecutoria de la libertad necesariamente ha de derivarse? De hecho, el esterilizante miedo desde el que se renuncia al ejercicio de la libertad por el hombre contemporáneo, casi nunca logra anular la libertad, sino que más bien la presupone y reafirma.

Desde otra perspectiva —la del descompromiso desvinculante, permisivo y escéptico—, la renuncia a toda decisión, a cualquier toma de postura —se teman o no sus consecuencias—, también supone el más vacío y peor de los compromisos: el compromiso con lo incomprometido. Y lo incomprometido, no se olvide, es, ciertamente, la atadura del miedo menos libre.

Quien elige no elegir, ha elegido, no obstante, algo: la no elección (que a su vez es una cierta elección). Por eso, aunque la vivencia

de su libertad le haga sentirse, engañosamente, más libre, espera y espera, pero la liberación terminal acaba por no llegar. La liberación causada por las ataduras trenzadas con los incompromisos del miedo jamás llega. En esto último se produjo una mayor discrepancia entre nosotros.

Algo análogo sucedió cuando las palabras se iban desgranando inútilmente, en torno al «arte de amar», sin casi conseguir rozar la médula del amor.

El amor es capacidad de recibir y de dar, de donarse y de recuperarse en lo dado, de recobrase y recobrar al otro en la aceptación libre de lo por él ofrecido. Hasta aquí de acuerdo. Pero ¡cuántas veces el hombre estragado pone su énfasis en la posesión del otro, en recibir solamente, incluso en utilizar lo ofrecido por aquél, poniéndolo a trabajar al servicio de su hedonismo ególatra!

El replegamiento del yo sobre sí mismo, la atracción de todas las personas y cosas hacia el epicentro de sí propio, deja insatisfecho y herméticamente vacío al yo que quiso convertirse en lo absoluto.

¿Hay, entonces, que educar en «el arte de amar»? Sí, pero cultivando la personalidad hasta hacerla porosa y permeable a los sufri-



mientos y alegrías de los otros; en una palabra, hasta interesar a cada hombre no sólo en su gozo personal, sino sobre todo, en los avatares de los proyectos biográficos de quienes le rodean, de tal forma que muchas realidades e inquietudes, sean algo más que comunicables, esto es, compartibles.

Y esto a pesar de que por ello se sufre. Este lenguaje le fue extraño a mi interlocutor. Por eso encallamos.

Y..., surgió entonces, el tema de la esperanza.

Hubo acuerdo en que el hombre necesita de la esperanza. Hubo acuerdo también, en que ésta es imposible y utópica si tras de ella luego no hay nada que, sosteniéndola, la haga posible. En este punto la conversación tomó otro ritmo. Las citas de Marx y Marcuse se apeaban a toda prisa de los labios del amigo. La sinfonía había cambiado de cadencia y nuestros puntos de vista se hacían cada vez más divergentes.

La esperanza no consiste en la espera en una mayor vivacidad, ni en la llegada de una cierta frescura vital innovadora. Esperar no es creer en la liberación del eterno hastío en este mundo, para ir así alimentando, macizando casi, las «envolturas» que hacen más confortable la resignación humana.

La esperanza no es reinventar el significado de la autoconciencia absoluta, hegeliana y utópica.

La fe, contra lo que decía mi amigo —como la esperanza—, es necesaria al hombre para su andadura vital, pero a costa de que no sean reinventables. Cuando así lo hacemos, tanto la fe como la esperanza, pierden su eficacia y dejan de sernos útiles. Y eso porque una fe o una esperanza reinventadas, son cualquier otra cosa —supersticiones o meras expectativas, por ejemplo—, que la fe y la esperanza, tal y como ellas son.

El largo paseo y la charla no lograron acercar nuestros puntos de vista sobre estas cuestiones; Fromm no se abajó de su concepto de libertad ni de los miedos que la amenazan, como tampoco descalbó de sus equívocos conceptos acerca del amor y de la esperanza (conceptos que perfilan una antropología de bajuras y abismada).

Años más tarde, en 1974, reanudamos nuestra larga e interrumpida conversación. Tampoco en esta ocasión —ahora centrada únicamente sobre la esperanza— logramos aproximar nuestras opiniones— Ello me animó a continuar la charla sobre el papel. Y así surgió un ensayo sobre la esperanza frommiana¹, en el que ambas posiciones quedan delimitadas.

Ahora que reflexiono sobre el discurso de mi viejo amigo psicoanalista desaparecido, considero que nuestro recíproco desacuerdo, siempre entrañable, tal vez estuviese varado sobre dos razones principalistas y medulares: sus esfuerzos por hacer posibles el freudomarxismo —por él inventado— y las creencias religiosas del hombre, y el intento de identificar la esperanza marxiana con la esperanza cristiana.

Hoy sigo persuadido de que el conciliarismo posibilista porque optó Fromm —conciliarismo sólo posible al precio de vaciar la fe, la esperanza y el amor cristianos, de sus auténticos y respectivos significados— es del todo imposible.

El denominado diálogo «cristianismo-marxismo», hace unos años tan a la page y hoy ya rebasado, deben no poco a este autor frankfurtiano, que se llamó Erich Fromm. ¡Descanse en paz!■

A.P.

1. Erich Fromm: *Más allá de las cadenas de la ilusión y La revolución de la esperanza*. A. Isoardi y A. Polaino. Emesa, Madrid, 1975. 148 págs.